

# ENCOMIO DEL FRACASO <sup>1</sup>

LUIS BUENO OCHOA <sup>2</sup>

## ASPIRACIÓN

El fracaso, lo mismo que el éxito es, al decir de Kipling, un impostor <sup>3</sup>. Aunque ambos merezcan ser tratados con indiferencia la acción de des-  
enmascarar una impostura es siempre, conviene reconocerlo, un ejercicio  
encomiable, incluso mentalmente higiénico. Con todo, se impone admitir  
que la impostura, las mentiras para decirlo más descarnadamente, no son  
sólo útiles sino que con frecuencia se revelan necesarias. Repárese, en este  
punto, en ese ejercicio de taxonomía atribuido a un famoso fabulador que  
distinguía entre las mentiras, las malditas mentiras y las estadísticas <sup>4</sup>. Esta  
gama de mentiras dice mucho acerca de algo que podríamos enmarcar den-  
tro de la imperiosa necesidad.

Lo que queda dicho en este momento preliminar pasa por ser el envolto-  
rio en el que se va a ver envuelto, valga la redundancia, nuestro protagonis-  
ta: el fracaso. Y, cómo no, también su contrapunto: el éxito <sup>5</sup>.

Aunque lo fácil sea siempre relativizar, esto es, poner distancia para  
que el vértigo no nos sobrecoja, en este caso mejor resultará plantearse  
descomponer la noción de fracaso. Descomponerla, no hacerla añicos sino  
fragmentarla <sup>6</sup>, precisémoslo, es lo que nos permitirá percibir los matices y,  
con ello, dejar a la vista la impostura que, recordémoslo, es lo que nos sirve  
de aspiración.

---

<sup>1</sup> Segundo premio, en la modalidad de Ensayo, en el XXV Concurso Memorial Florencio Segura, fallado en mayo de 2011, presentado bajo el lema *Iluminaciones*.

<sup>2</sup> Profesor de la Facultad de Derecho-ICADE. Universidad Pontificia Comillas de Madrid. E-mail: lbueno@der.upcomillas.es

<sup>3</sup> Recuérdese la declaración de Joseph Rudyard Kipling (1865-1936): «... *If you can meet with triumph and disaster and treat those two impostors just the same...* (“... Si puedes conocer al triunfo y la derrota, y tratar de la misma manera a esos dos impostores...”)” incluida en su famoso poema *If* (1896).

<sup>4</sup> El fabulador aludido no es otro sino Samuel Langhorne Clemens, conocido por el seudónimo de Mark Twain (1835-1910).

<sup>5</sup> La conexión entre el éxito y el fracaso, como si se tratara de dos caras de una misma moneda, es prácticamente un *lugar común*. A título indicativo bastaría remitirse a la sentencia pronunciada por John Winston Churchill (1874-1965), según la cual, «el éxito es aprender a ir de fracaso en fracaso sin desesperarse».

<sup>6</sup> Adherirse al consejo de César, *Divide et impera*, no parece ser, casi nunca, una metodología impropia.

## INSPIRACIÓN

La tarea de descomposición o, dicho con menos énfasis, de fragmentación, va a encontrar inspiración en las tres categorías fundamentales platónicas; a saber: Verdad, Bondad y Belleza<sup>7</sup>. Este catálogo nos va a proveer de una plantilla con la que estaremos en disposición de apreciar claroscuros con la esperanza de que el desenmascaramiento sea, primero, posible, y, después, aprovechable.

La Verdad, tomada como verdad proposicional, aclaremos, nos enfrenta a la supuesta objetividad del «ello». Sin embargo, sólo la comparación de uno con otros o, preferiblemente, el cociente que arroja la ecuación poner-obtener (es decir, «lo que pongo» puesto en relación con «lo que obtengo»; o sea, el elemental concepto de rentabilidad) es lo que dota de contenido a ese «ello». El fracaso, que es a fin de cuentas a lo que ahora concierne el «ello», *objetivado* de esta manera se convierte en algo de suyo subjetivo, ya sea por acción de la comparación con los demás, ya sea por el listón en que ha sido cifrado el margen de rentabilidad. Nada menos objetivo que la comparación; y nada tan subjetivo como la determinación de ese margen en el que el contexto (singularmente, el familiar) suele proyectarse con una contundencia en la que suelen perecer otros contendientes. Si a lo anterior añadimos un hecho que muchos minimizan pero que, objetivamente (esta vez sí), deviene difícilmente discutible como es el azar (la impronta de la casualidad que se ríe burlonamente de la causalidad), la objetividad del «ello»; traduzcamos, la objetividad de la noción de fracaso y, por ende, de éxito, más parece un cuento de hadas.

El éxito y el fracaso, sin perjuicio de lo anterior, suelen servir como medida de la laboriosidad (acá) y de la salvación (más allá). La famosa obra de Weber en la que se conectaba la ética protestante y el espíritu capitalista es tal vez el ejemplo más elocuente<sup>8</sup>. Postular una solución diferente, como la desgranada en el párrafo precedente, puede sonar a resignación indolente, a simple justificación *ex post*. Si bien es cierto que la intencionalidad está

<sup>7</sup> El ideal unitario en pos del desarrollo espiritual del hombre no puede dejar de atender a la tríada compuesta por la verdad, la bondad y la belleza que engloba sus valores esenciales. Platón (427-347 a.C.), de acuerdo con la identificación socrática entre virtud y conocimiento, pasa por ser un claro exponente de cómo se entrelazan las cuestiones metafísicas, éticas y estéticas; la lógica, la moral y estética; en suma, el aludido triángulo cuyos tres vértices coinciden con las precitadas categorías fundamentales: verdad, bondad y belleza.

<sup>8</sup> Véase Max Weber (1864-1920), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1903); en la que se incide en la paradójica —y sin embargo certera— asociación que presentan las ideas puritanas y el desarrollo del capitalismo.

siempre presente y guía nuestras conductas, aun las inconscientes, el éxito —que se dice salvífico— tiene todas las trazas de convertirse en un simple *test* desprovisto de convicción. Resulta lo más parecido a un recurso para jalearse en un determinado sentido: en el sentido, subráyese, que convenga a quien corresponda. Es, pues, el tono de sospecha, remozado con la mala intención, el que permite desconfiar, fundadamente (me atrevo a decir, no sin cierta petulancia), del binomio éxito-salvación que cuenta con tantos adeptos (como poco, quienes engrosan las filas de los llamados privilegiados).

La Bondad nos permite conjugar la voz «nosotros». Si antes el «ello» nos situaba ante un parangón que podríamos llamar científico por su pretensión de objetividad, ahora, en cambio, la primera persona del plural nos envuelve de lleno en un planteamiento ético. Aunque algunos prefieren hablar de moral y la mayoría de ética, por lo aséptico y menos comprometido de esta segunda expresión, no es momento ni lugar para entretenernos con una discusión que terminaría siendo seguramente estéril. En cambio, lo que sí puede ser fructífero es establecer una acción de contraste del «nosotros» con el «ello». Hablar de «nosotros», vivir en plural es tanto como ensombrecernos en singular. Y atenuar el auto-protagonismo bien puede conducirnos a replantear tantas y tantas cosas.

Pues bien, la ética del «nosotros» puesta en relación con el fracaso nos llevará, a costa de rebajar el «yo», a que crezca el «nosotros». Tal vez no pueda ser de otra manera. Alguien ingenuo pensaría que al crecer unos («nosotros»), también crecería el otro («yo»); sin embargo, bien mirado esto no es más que una secuela del denominado pensamiento desiderativo. Hay que esforzarse en llamar a las cosas por su nombre y admitir que la deriva ética que está presente en «nosotros» implica precisamente eso: sacrificar la vanidad del auto-protagonismo, como antes decíamos, para compartir. Y compartir significa ceder, transigir, en definitiva, permitir que el «yo» pase a un segundo plano.

El fracaso y el éxito, visto desde el prisma del «nosotros» difiere, pues, de la pretendida objetividad del «ello». Y todavía más, como veremos, cuando nos reframamos, acto seguido, a la tercera categoría pendiente.

La Belleza es, decididamente, lo que nos sitúa ante un tablero en el que, ahora sí, el protagonismo es del «yo». Si con anterioridad las digresiones han sido fruto de considerar el «ello» con pretensión científica y el «nosotros» proyectado en un ámbito ético ahora el «yo» nos hace sintonizar con la estética y, más en particular, con el arte.

El arte, la estética, la mirada transfigurada emparentada con la metáfora y la paradoja convive con las trampas (auto-justificaciones) que están en el guión de la tarea del hombre que no es otra sino la vida. Sabemos que, precisamente, la mirada no es más que la pose que resulta de un estado de ánimo. Del temperamento que no tiene por qué sintonizar ni con el senti-

miento ni con el conocimiento. Es algo más: una actitud que se traducirá en aptitud o inaptitud para enfrentarse a una vida que, admitámoslo, más tiene que ver con la grisura. Así es, en efecto, cómo los claroscuros suelen desembocar en conjuntos de color gris (a veces en versión perla, otras en marengo...) pero que inusualmente (por fortuna) no desequilibran llegando hasta tonos blanquecinos o tenebrosos. Y es que tanto el blanco luciferino como el negro tenebroso pueden cegar: en un caso por exceso (éxito) y en otro caso por defecto (fracaso). La vida consiste más bien, reconozcámoslo, en una mirada que transita por la más variada gama de grises. Muy difícil sería, ciertamente, manejarse con la intensidad de la hiper-actuación (superávit) del blanco resplandeciente; y, todavía más, posiblemente, conducirse con el desánimo de la hipo-actuación (déficit) del negro fúnebre.

Hablar de la vida y la muerte, para simplificar, como vasos comunicantes es paso previo para desvelar la impostura en que nos hallamos. No se trata de apartar una y otra sino de contemporizar con su dimensión complementaria. Esta postura ecléctica, esta suerte de *interseccionismo* con un inevitable efecto disolvente de la distinción, está bien simbolizada a través de la recurrente grisura.

Descompuesta la noción de fracaso con la tríada que ha reportado la plantilla platónica se abre paso la fase final. Antes, sin embargo, no será ocioso hacer notar que el auxilio platónico podría haberse sustituido por otros agentes que habrían cumplido análoga misión. Así, por ejemplo, las tres *Críticas* de Kant, de la *razón pura*, de la *razón práctica* y del *juicio*, habrían podido, igualmente, trazar ese triángulo de la ciencia («ello»), ética («nosotros») y arte-estética («yo»), respectivamente. E idéntico resultado habría reportado apelar al «Gran Tres» a través de los tres mundos a los que se refería Popper: el mundo objetivo (centrado en el «ello»), el mundo cultural (del «nosotros») y, finalmente, el mundo subjetivo (del «yo») <sup>9</sup>.

## EXPIRACIÓN

El último tramo para desvelar la impostura del fracaso y su reverso, el éxito, nos situará en una toma de posición un tanto artificiosa. Convendrá

<sup>9</sup> Véase KARL R. POPPER (1902-1994), *La lógica de la investigación científica* (1934), entre otras, es una de las primeras obras de Popper en la que da cuenta de sus tesis de carácter epistemológico. Con el argumento de los tres mundos distinguía Popper, en efecto, entre «razón lógica» (*Mundo 1*), «razón psicológica» (*Mundo 2*) y «razón cultural» (*Mundo 3*).

forzar las cosas hasta tal punto que nuestra mirada hacia el fracaso sea más que favorable, lúcida.

Refirámonos, pues, a la lucidez —estética— del perdedor y también a la incesante proactividad que está latente en la idea de fracaso <sup>10</sup>.

La lucidez del fracaso es lo que tenía *in mente* un oscuro literato cuando puso por título a una de sus obras *El divino fracaso* <sup>11</sup>. La maldición de fracasar permite ver, aunque sea «a toro pasado», lo que otros no ven (porque para ver ciertas cosas hay que experimentarlas). Esta lucidez va acompañada, a su vez, de una estética especial. Quizá la imagen del poeta maldito sea el cliché más apropiado para trasladar la impresión de la estética del fracaso.

Por último, la proactividad del fracaso. Fracasar significa intentar algo, no conseguirlo y, en suma, que la pelota vuelva, de nuevo, a nuestro tejado. La inercia conlleva, pues, volver a intentarlo. Fracasar, como el ave fénix, llama a la acción; ir «a la carga» nuevamente. Por el contrario, el éxito implica haber llegado a la posada y olvidarse del camino <sup>12</sup>. Y llegar es acabar. Terminar. Cuando salimos de un establecimiento comercial leemos en la puerta el cartel de *exit*. Cuando un facultativo certifica la expiración escribe *exitus*.

Al final resulta que fracasar es vivir y tener éxito morir. Que fracasar es no conformarse, es volverlo a intentar; y que morir es llegar, o sea, darse por vencido. La expresión «morir de éxito» no es, barrunto, ninguna broma.

<sup>10</sup> Es elocuente, en este sentido, lo que decía FRANCIS SCOTT FITZGERALD (1896-1940), el autor de *El gran Gatsby* (1925), al proclamar que «Yo hablo con la autoridad que da el fracaso...». Véase LUIS ANTONIO DE VILLENA (1977), *Biografía del fracaso*, Planeta, p. 135.

<sup>11</sup> El autor aludido es Rafael Cansinos Assens (1882-1964) a quien no le faltan méritos para engrosar la lista de *escritores malditos* españoles de la última centuria. Ya el título del ensayo referenciado, *El divino fracaso* (1918), así lo pone de manifiesto. El hermoso libro de Ivan Morris, *La nobleza del fracaso* (Alianza, 2010), en el que se narra la vida de nueve héroes trágicos de la historia de Japón, está también presidido por esta idea que podríamos resumir como *la dignidad del fracaso*.

<sup>12</sup> Puede ser un consuelo, valdría decir, comprobar el maridaje que presentan el fracaso, como tentación, y la (in)felicidad. Véanse, sobre este particular, por ejemplo: EMILIO LLEDÓ (2005), *Elogio de la infelicidad*, Cuatro.ediciones; y JULIO RAMÓN RIBEYRO (2003), *La tentación del fracaso. Diarios*, Seix Barral.